



AMOR

POEMA ORIGINAL
DE SALVADOR CARRERA



CANTO PRIMERO

¡Amor! bálsamo puro, santificada herencia
que todos los humanos recogen al nacer;
raudal que llena el alma de la divina esencia,
latido que sostiene la frágil existencia
del pobre, condenado a eterno padecer.

¡Amor! faro brillante que desde el Asia envía,
rasgando las tinieblas, destellos de su luz;
¡amor! dulce palabra, sublime melodía
legada a los mortales, en són de profecía,
del Gólgota en la cumbre, desde infamante cruz.

Amor inspira al bardo dulcísimas canciones,
fe en el estudio, al sabio, cuando á rendirse va,
al genio sus ideales fantásticas creaciones,
al héroe sus hazañas, al mártir oraciones,
virtudes al cristiano, al alma... un más allá.

En su indigencia altivo, modesto en su grandeza,
le nutre una esperanza, le mece una ilusión;
con flores y laureles adorna su cabeza,
arrúllanle las musas, su hermana es la pureza,
su patria el mundo entero, su hogar el corazón.

Penetran de igual modo en su morada hermosa,
la floreciente infancia, la helada senectud;
doquier deja su huella, doquier su planta posa,
al lado de la cuna ó al borde de la fosa;
lo mismo abre unos ojos que cierra un ataúd.

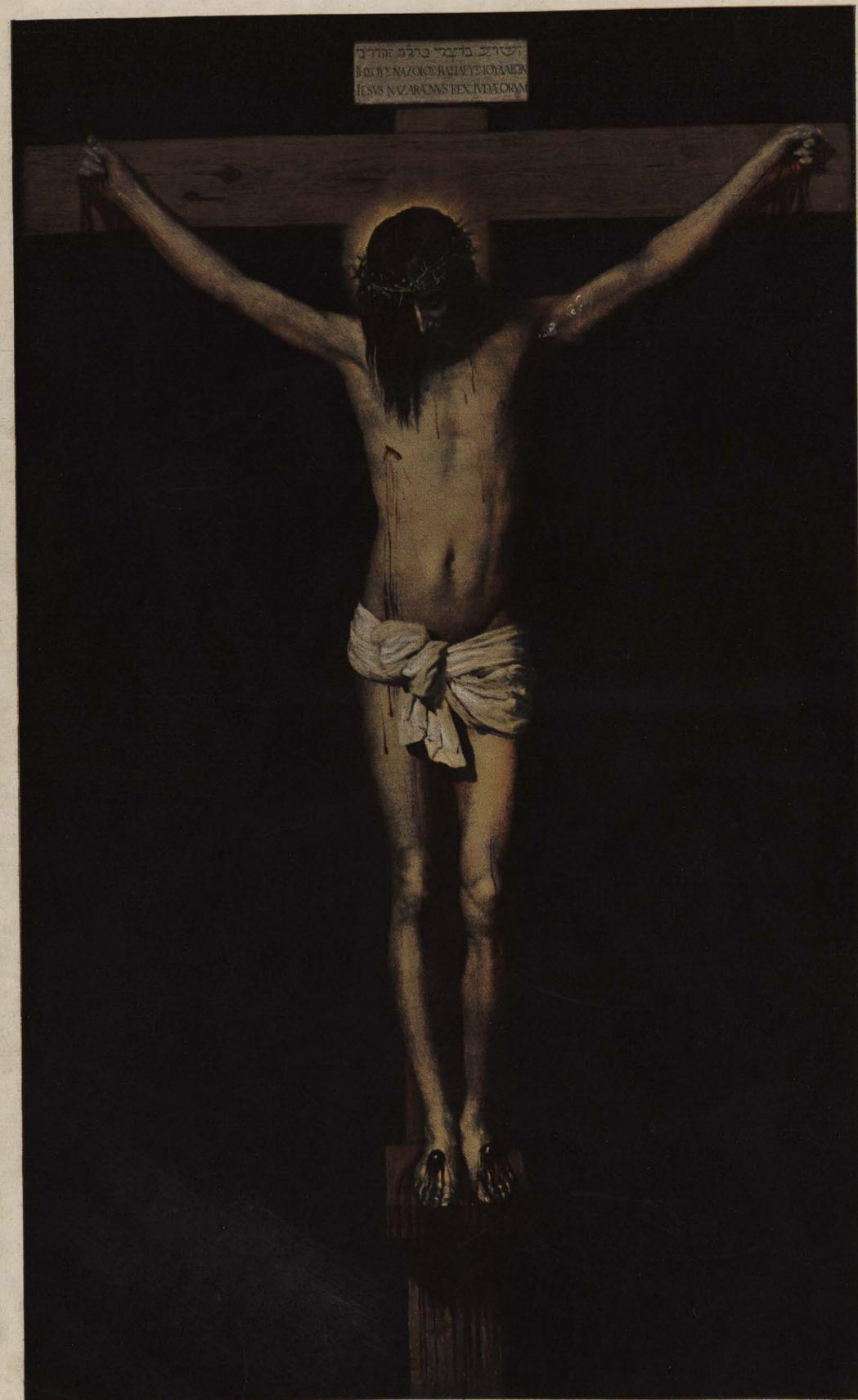
Purísimo deleite ó llama abrasadora,
cual va la sombra al cuerpo, del alma vuela en pos;
amor goza y padece, amor sonríe y llora,
se esparce con los rayos primeros de la aurora,
se encuentra en todas partes, porque el amor ¡es Dios!



Ilustración de GASPARD CAMPS.



CAMPS



EL CRISTO DE VELÁZQUEZ

LA CRUZ

SOBRE una planicie abrasada por los aires del Yémen, alzáse la gigante sombra de la ciudad deicida, sin lágrimas con que endulzar su amargura, triste, sombría; limitado su horizonte por las plomizas cumbres de los montes de Moab; sin flores, sin verdura, sin agua y sin aves; debajo, imponente como una expiación, el valle de Josafat con su profundo seno.

¡Diez y nueve siglos nos recuerdan un nombre, un martirio, una agonía y una redención!

¡Jerusalén! Tus Césares se hundieron en el polvo; tus conquistadores, tus grandezas, tus héroas, tus poetas, tus histo-



riadores han enmudecido; y morirán tus generaciones y se olvidarán tus profetas: sólo tu crimen no morirá jamás!

¡Cuántos recuerdos! ¡Cuántos consuelos para el creyente! El monte del Olivar, el de Sión, el sepulcro de la Virgen, la cueva de la Agonía, Gethsemani, el Valle de Josafat, la torre de David, la vía Dolorosa, el Gólgota y el Santo Sepulcro.

En aquellos sitios reina el silencio de la muerte.

A la vista del Calvario, se adivina todavía en sus entrañas el infamante leño que, alzado para ser suplicio, fué glorioso signo de la Redención humana.

El paganismo no pudo presentar nada tan patético como un Hombre-Dios muriendo en una Cruz con su Madre á los pies. La Cruz elevada sobre el Gólgota fué como el rayo del sol que descende de improviso al seno de las tinieblas, y forma con ellas la aureola de su esplendor.

La Cruz tiene mucho de profético y providencial por su antigüedad.

Las cruces, constaban de dos maderos y eran de tres clases: la construida en forma de aspa X, que es la llamada hoy de San Andrés, por haber sido crucificado en ella dicho Apóstol, á la que se daba el nombre de *decussata*; la conocida con el nombre de *communis*, que tenía la figura de una T; y la llamada *inmissa*, que aunque de la misma forma de la anterior, el palo perpendicular subía un poco más que el horizontal, con el objeto de dejar sitio para fijar la sentencia del delincuente.

El árbol de la vida del Paraíso, el Ar-

ca de Noé, donde se salvan los restos del género humano, la vara de Moisés, que tantos prodigios realizó para salvar el pueblo de Israel de la esclavitud del Egipto, la escala de Jacob, que llegaba al cielo, la serpiente de metal, que hizo Moisés elevar en el desierto, la letra hebrea Thau con que el profeta Ezequiel vió que se marcaba á aquellos que habían de salvarse de la cólera del Señor, el leño que dulcificó las aguas amargas del desierto, los versos atribuidos á las Sibilas, en los que se habla de la Cruz, por la que ha de salvarse el género humano y otras figuras semejantes, de que hacen mención la historia sagrada y profana, fueron otros tantos símbolos misteriosos de la Cruz del Salvador.

Jesucristo, para realizar el gran mis-

terio de nuestra Redención, quiso morir en un patíbulo tan ignominioso como la Cruz.

No obstante haber muerto Jesús en la Cruz, continuó por mucho tiempo siendo todavía el patíbulo ordinario de los mayores delincuentes, hasta que Santa Elena, madre del emperador Constantino, habiendo ido á visitar los Santos Lugares de la Palestina, encontró después de infatigables trabajos la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por los años 326. Entonces fué cuando el Emperador, á instancias de su madre y en obsequio á la Cruz del Señor y á la de aquella otra que se le apareció en el cielo al ir á combatir contra Magencio, junto al puente Milvio con la inscripción: *In hoc signo vincis*, mandó ponerla con el monograma de Cristo en el *Lábaro*, y luego en los demás estandartes de las legiones romanas; y dió un decreto aboliendo enteramente en el imperio el suplicio de la Cruz, prohibiendo que de allí en adelante se pudiese condenar á nadie á este género de muerte; cuya disposición se fué observando por todos los pueblos, entre los cuales el Cristianismo se propagaba.

Entonces, como dice San Agustín, pasó la Cruz, desde los suplicios, no sólo á los palacios y cámaras de los reyes, sino también á los templos y á los altares.

Los emperadores cristianos substituyeron á la figura de la victoria que dominaba el globo imperial, una Cruz, cuyo uso se ha perpetuado entre los monarcas católicos; y desde este tiempo se coloca la imagen de la Cruz en los muros, en las casas, en las puertas, y la señalamos en la frente, y al modo que

el soldado no deja las armas abandonadas, ni aún para comer y dormir, nosotros no abandonamos la señal de la Cruz ni en la mesa, ni en el lecho, ni en ningún lugar en donde nos encontramos, según la frase de San Juan Crisóstomo.

Tertuliano, Minucio, Máximo, Justino y San Jerónimo, hacen curiosas observaciones sobre la Cruz, de las cuales cita Lipsio algunas, y entre ellas éstas: «La Cruz no es otra cosa que la forma cuadrada del mundo.

Las aves, al volar, toman la forma de la Cruz.

El hombre, si reza ó nada, en forma de Cruz lo hace.



El piloto no saca partido del mar, sino valiéndose de la forma de la Cruz, ya haga uso de las velas, ya del remo.

El labrador se sirve de instrumentos con la forma de la Cruz para hacer producir la tierra.

El racional se distingue de las bestias por la rectitud de su cuerpo y extensión de sus brazos, cuyo conjunto forma una verdadera Cruz.»

San Cipriano, en su epístola á Nemesiano y compañeros, dice:

«El siervo de Jesucristo reconoce siempre el signo, el sacramento y el símbolo de su salvación; el que es redimido con el leño para la vida eterna, por el leño es también ensalzado á la vida eterna.»

Tertuliano, San Cipriano y otros Santos Padres hablan del signo de la Cruz como del símbolo habitual de los cristianos. Hacían el signo de la Cruz en la frente para enseñar á confesar el Evangelio; en la boca, para animarse á profesarlo, y en el corazón, para textificar su adhesión inviolable á los preceptos de Jesucristo.

No parece fué representado en la Cruz el Redentor antes del siglo III, pues repugnando al genio griego retratar aquel tormento, le colocaban alguna vez en actitud triunfal con la banda regia ó la mitra pontifical. Posteriormente, fué pintado como el hombre de todos los dolores, y alguna

vez se le representaba con los pies separados, acusándose, por el contrario, á algunos herejes posteriores el representarlo con los pies sobrepuestos. Le faltan la corona de espinas y la herida en el costado, porque lo pintan moribundo, no muerto, y ya algunos tienen la inscripción I. N. R. I. Solamente en el siglo VII aparece el Crucificado con las escenas de la Pasión entre las Marías llorosas y con el sol y la luna junto á su patíbulo. Cubriánle también de un traje largo que poco á poco se fué recortando; y Gregorio de Tours, dice: «que habiéndole presentado desnudo por primera vez en el siglo VI, en la Catedral de Narbona, hizo el Obispo que lo cubrie-

sen.» Pero, en 680, el Sínodo de Constantinopla autorizó para que se representara á Jesucristo bajo la forma de un hombre clavado en la Cruz.

No puede decirse Misa en ningún altar que no haya entre las gradas, á la vista del celebrante, una Cruz con la imagen de Jesucristo.

Algunos órdenes religiosos, como las de los Trapenses, ponen en su agonía á los monjes sobre un puñado de paja y una Cruz trazada en el suelo con ceniza bendecida, sobre la cual permanecen hasta que han expirado.

Los Patriarcas de Oriente obtuvieron en el Concilio IV de Letrán, siendo Pontífice Inocencio III, el permiso de llevar por uno de sus familiares una Cruz alta delante de ellos en ciertas ceremonias. Gregorio IX les prohibió usar de esta prerogativa delante de los Cardenales, y después fué concedido este permiso á los Arzobispos y á ciertos Obispos.

La Cruz del Papa tiene tres brazos ó trevitaños, dos la de los Arzobispos y uno la de los Obispos y Abades mitrados.

Distínguese hoy varias especies de cruces, á saber: la latina, que ha pasado á ser el símbolo de la iglesia romana; la griega, que es propia de la iglesia cismática ó disidente de la romana, y otras especiales que dan nombre ó son el distintivo especial de varias órdenes religiosas y militares,



CRUZ PROCESIONAL DE PLATA DORADA; TRABAJO ESPAÑOL DEL SIGLO XVI — CATEDRAL DE ASTORGA

Metallica de bronce, en el Museo Británico.

CRUZ PROCESIONAL DEL SIGLO XI. — PARROQUIA DE RIELLS (CATALUÑA).

Verónica existente en San Pedro de Roma.